

NIHILISMO Y ABURRIMIENTO

Gustavo Cataldo S.
Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación

Mas, entre los chacales, las panteras, los lince,
Los simios, las serpientes, escorpiones y buitres,
Los aulladores monstruos, silbantes y rampantes,
En la, de nuestros vicios, infernal mezcolanza

¡Hay uno más malvado, más lóbrego e inmundo!
Sin que haga feas muecas ni lance toscos gritos
Convertiría, con gusto, a la tierra en escombros
y, en medio de un bostezo, devoraría al Orbe;

¡Es el Tedio! - Anegado de un llanto involuntario,
Imagina cadalsos, mientras fuma su yerba.
Lector, tú bien conoces al delicado monstruo,
-¡Hipócrita lector -mi prójimo-, mi hermano!.

Baudelaire



La historia del vocablo "nihilismo" es relativamente breve. La expresión fue acuñada por Jacobi para caracterizar el idealismo del yo de Fichte. Posteriormente, fue empleada por Baader para designar la negación de Dios y su revelación. Su propagación y consagración en el léxico filosófico, sin embargo, se debe sobre todo a Turgueniev, Dostoevsky y, especialmente, a Nietzsche. Con todo, lo que la expresión "nihilismo" comporta, en su sentido más amplio, es la resolución del ente en general, lo verdadero, el valor o el bien, en nada. De este modo, el nihilismo no sólo implica la pérdida de vigor y consistencia de lo real, sino también la propia depreciación de la existencia humana y su orden de sentido. La abolición de una razón configuradora de sentido, de un "para qué" trascendente del mundo y de la vida histórica, constituyen así características esenciales de todo nihilismo.

Si se hiciera un elenco de expresiones vinculadas al fenómeno el nihilismo, sin

duda deberían figurar las siguientes: nada, no ser, apariencia, ilusión, engaño, sin sentido, absurdo, etc. En esta simple enumeración ya se transparenta la ineludible textura metafísica de todo nihilismo. Hablar de nihilismo, en efecto, es hablar de la nada, o, lo que resulta más grave aún, es hablar de la *presencia* de la nada ante el hombre. La nada, desde esta perspectiva, aún cuando resulte paradójico decirlo, parece poseer una singular fuerza y poder de patencia. Sólo que esta patencia no es absoluta, propia, sino siempre relativa a algo de lo cual es privación y negación. Este fondo y horizonte bajo el cual permanentemente comparece la nada, como su reverso negativo, es inevitablemente un *horizonte ontológico*. No es sino desde el ser -y sus múltiples modalidades- que adquiere sentido hablar de nihilismo. El fundamento y fuente de la cual constantemente se sostiene y nutre todo nihilismo es, pues, necesariamente metafísico.

Naturalmente, todo nihilismo constituye una forma de negación metafísica. Pero precisamente por ser *negación metafísica*, es que su referente obligado no podría sino estar constituido -aún cuando sólo sea bajo la forma de una negación- por el ser. El nihilismo, por consiguiente, implica siempre una *negación del ser* o de alguna de sus modalidades. Tal es su insoslayable esencia metafísica.

Para Nietzsche -sin duda su conciencia más aguda y augural- el nihilismo constituye el incontenible e intrínseco proceso histórico de desvalorización de los valores supremos existentes hasta ahora. La historia del ser -la metafísica- es aprehendida como síntoma de las estimaciones de valor; en cuanto atrofian, oprimen, debilitan o niegan el valor de la vida. Toda la tragicidad de este ocaso, todo el vacío y la penuria de esta pérdida de sentido, está para Nietzsche esencialmente vinculada al dominio de la moral. Se trata siempre de la afirmación o negación de determinados valores. A la "transvaloración" -o inversión de los valores- realizada por la tradición cristiano-occidental, Nietzsche opone una "voluntad de poderío", que asumiendo el vacío y la nulidad, proyecta o pone trascendentalmente los valores. Para nuestros efectos, sin embargo, importa sobre todo destacar lo siguiente: el fundamento metafísico del nihilismo nietzschiano no es otro que una interpretación del *ser como valor*. De ello se sigue que el nihilismo no expresa, finalmente, sino una *nada de valor* o, si se quiere, un *valor de nada*.

Estos fundamentos y connotaciones del nihilismo nietzschiano no constituyen una excepción: gran parte de su historia puede ser definida como un *nihilismo axiológico*. Invariablemente se trata de un ocaso o decadencia de determinadas tablas de valores, de ciertas jerarquías u orden de estimaciones y, por lo mismo, de la pérdida de sentido o finalidad de la propia existencia humana. Actualmente, sin embargo, comienza a despuntar una forma de nihilismo que supera, al menos en parte, esta modulación estrictamente axiológica y moral. La comprensión de esta nueva forma de nihilismo se perfila, particularmente, en un sentimiento cada vez más extendido en nuestra cultura y sociedad hodierna: el aburrimiento.

Ciertamente el fenómeno no es nuevo. Aparece ya en la lengua griega bajo el nombre de *akedía*, literalmente, despreocupación, incuria. Esta misma expresión se conserva en la lengua latina, en el contexto de la vida monacal cristiana, en la voz *accidia*, pereza, desgano, aburrimiento. El término, por último, perdiendo ya gran parte de su fuerza originaria, pervive en nuestra lengua en el vocablo "acedia". No obstante, el aburrimiento, tal como se manifiesta actualmente, dista mucho de representar un simple momento de la vida cotidiana o una degradación de la misma o en fin, como en el contexto de la vida monacal cristiana, una "caída" (pecado) en relación al bien divino. la extensión, intensidad, profundidad e implicancias del fenómeno, más bien nos hacen pensar en cierto "tono epocal" y en cierta "disposición frente al mundo" que determina nuestra propia condición histórica. Entendemos, pues, el aburrimiento como una forma de nihilismo. Ello, evidentemente, no por la mera importancia intrínseca y abstracta de un determinado estado de ánimo, sino como signo y manifestación de algo más profundo: una cierta *visión del mundo*. No se trata, por consiguiente, de inquirir acerca de un puro y simple hecho psicológico, sino de un fenómeno que trasunta, como síntoma y revelación concentrada, un hecho de carácter más amplio y fundante: una peculiar forma de *negación del ser*.

Del aburrimiento, tal como aquí es interpretado, es menester afirmar algo semejante a lo que Heidegger afirma respecto de la angustia. El aburrimiento, en su forma más radical y perentoria, no se manifiesta, simplemente, como un "aburrirse de algo". En el *aburrirse de...* no hay dificultad alguna en identificar la causa o el motivo del aburrimiento. En cambio, la indeterminación del aburrimiento profundo, la imposibilidad de señalar con precisión su objeto, refiere a un determinado tono anímico y a cierta condición atmosférica que trasciende la totalidad de los objetos singulares. En el aburrimiento profundo su objeto no es meramente una cosa, un asunto o una persona, sino la presencia de una *totalidad* que impregna y abraza cada una de las realidades singulares. Dicha totalidad no es otra que el *mundo*. Así como, desde el punto de vista subjetivo, el aburrimiento profundo no alude a un mero sentimiento o emoción más o menos pasajera, sino a un determinado *tono* o *temple de ánimo*; asimismo, desde el punto de vista objetivo, tampoco alude a un determinado ente o acontecimiento intramundano, sino al *mundo en cuanto tal*. Sólo esta modulación del aburrimiento puede ser señalada como una forma de nihilismo. Y ello en la misma medida en que refiere, de algún modo, a la *totalidad de lo que hay*.

Si, pues, el correlato objetivo es aquí, lisa y llanamente, el *mundo aburrido*, la pregunta primordial es la siguiente: ¿Cuál es la *visión de mundo* que sostiene el fenómeno del aburrimiento?. Lo primero que es necesario señalar es que lo aburrido, a diferencia de lo simplemente des-valorizado, implica una *indiferencia* radical en relación al mundo. Dicho de otro modo, el aburrimiento comporta siempre una interpretación del mundo como *mundo indiferenciado*. Tal es la distinción esencial entre el "nihilismo del aburrimiento" y el "nihilismo axiológico". En efecto, en una

interpretación como la de Nietzsche, necesariamente comparece un juego y una composición de luz y sombra, aparece la gradación, el matiz o la simple oposición, el énfasis negativo o positivo de lo real y, por consiguiente, la correspondiente adhesión o repulsa a un mundo axiológicamente configurado. Frente al valor o al dis-valor, no cabe sino un mundo estimado o desestimado y, en definitiva, una totalidad jerárquicamente ordenada conforme a preferencias vitales. Es, sin embargo, el núcleo mismo de esta *conciencia axiológica* la que queda cancelada con el "nihilismo del aburrimiento".

Ciertamente, el aburrimiento aparece, *prima facie*, como una suerte de pereza, cansancio o desgano vital. No obstante, dicho desgano no es sino resolución de una tendencia más profunda: la abolición de una *visión estimativa* del mundo. Expresiones del habla cotidiana tales como "no pasa nada" o "me da lo mismo", ilustran gráficamente acerca de esta audición silenciosa y atonal del mundo, de esta igualación que borra como una niebla todo perfil y contorno gradado de lo real. Al profundo "no pasar nada" y "dar lo mismo" corresponde, psicológicamente, una efectiva atrofia de los dinamismos tendenciales o desiderativos del hombre; ya no parece existir nada que movilice la voluntad humana. La voluntad, cansada y debilitada, se mantiene en un *desapego* radical respecto del mundo.

Dicho desapego -o falta de adhesión estimativa- se expresa en una sensación generalizada y constante de *estar más allá*, siempre rebasando o transgrediendo toda tarea y propósito que genere la aplicación de las fuerzas humanas. El aburrido, para emplear la metáfora de Baudelaire, se ha devorado el orbe en medio de un gran bostezo. Por ello, en cierto sentido, es un ser *desmundanizado* o, si se quiere, *transmundanizado*. Esta *transmundanación* -este "estar más allá de..." -comporta, indudablemente, cierta "aversión al mundo". De hecho la expresión "aburrimiento" -del Latín ab-borrere- significa etimológicamente sentir "miedo u horror de...". Sin embargo, esta "aversión al mundo" dista mucho de poseer la connotación dramática del horror, la evasión o la fuga. El aburrimiento, para seguir con las imágenes de Baudelaire, no hace feas muecas ni lanza toscos gritos. Se trata más bien, valga la paradoja, de una *pasión apática*. Y ello, precisamente, en virtud de una diferencia esencial respecto de otras formas de conducta emotiva: la inhibición de toda impulsividad. Reiteremos algo ya señalado: el aburrido siempre está "más allá...", siempre allende toda reacción que suponga una vinculación estimativa -y, por tanto, impulsiva- con el mundo. El nihilismo romántico, la angustia, la náusea o la rebelión metafísica, implican necesariamente una interpretación del mundo desde una perspectiva axiológica y, por lo mismo, cierta afirmación del mundo desde el horizonte de lo bueno y lo malo.

La infinita *distancia* del aburrido -su constante estar "más allá del bien y del mal", para emplear la fórmula de Nietzsche- no es, sin embargo, la distancia propia del incrédulo, el escéptico o el simple agnóstico. La abstención escéptica es el

resultado de la percepción de una carencia de fundamento cierto para afirmar o negar. La *abstención* del aburrido es radical: no sólo no encuentra fundamento para afirmar o negar tal o cual cosa, sino que incluso no encuentra fundamento para afirmar o negar *in genere*. El escéptico o el incrédulo invariablemente mantienen, incluso en su abstención o negación, la correspondiente referencia a lo real y, por consiguiente, el propio motivo del juicio. En el aburrido, en cambio, la pereza penetra en la misma raíz de los dinamismos psicológicos: es el propio *motivo* del juicio el que ha periclitado. De allí su permanente distancia, desasimiento y desapego vital.

De lo anteriormente señalado importa, particularmente, destacar lo siguiente: la pereza del aburrido, su dejadez y desidia vital, su atrofia valorativa y judicativa, implican principalmente una consunción o debilitamiento de la *acción*. Si hay una característica que determina al aburrido es, justamente, que la acción, difusa y desperfilada, queda reducida a su mínima expresión. Esta *minimización de la acción* confiere al aburrido su invariable aspecto de pasividad. El "nihilismo del aburrimiento" es, pues, un *nihilismo pasivo*.

No obstante dicha pasividad no es sólo la pasividad de la "afección", de la mera recepción o determinación externa, sino sobre todo la pasividad de quien nunca se encuentra implicado, complicado o, si se nos permite la expresión, "enredado" en su propia acción. El yo, la conciencia, se mantiene también aquí separada y desasiada de sus manifestaciones objetivas. Esta carencia de implicación y compromiso entre la dimensión interna y externa, produce permanentemente la siguiente impresión: la *total contingencia* y ausencia de necesidad entre el núcleo subjetivo interno y su resolución objetiva-externa. El aburrido otorga siempre a su acción el aspecto desaprensivo de quien nunca parece estar plenamente identificado con su propia conducta y en quien, por ende, toda resolución conductual podría, desde el principio, tomar una forma del todo diversa y hasta contradictoria. La pasividad del aburrido no es, pues, la pasividad de la inacción o de la afección externa, sino la de una acción menguada, resuelta en su mínima expresión y perfil.

La fuerza de la acción, su configuración perfecta y plenamente delineada, no se encuentra primariamente en su eficacia, sino ante todo en la *concentración* de las potencias psicológicas, en la integral compenetración o aplicación del yo a sus desarrollos conductuales. Hay conducta, comportamiento, en el sentido humano de la expresión, sólo cuando el hombre parece estar presente, sin desperdicio ni división alguna, todo él entero en sus resoluciones objetivas. La aplicación *integral y concentrada* del yo es, pues, condición para un comportamiento propiamente humano.

Ahora bien, es justamente esta presencia entera e indivisa de la conciencia en la acción, la que aparece suprimida con el fenómeno del aburrimiento. Por ello, el aburrimiento, antes que una mera debilidad de la voluntad o un morbosos cansancio, consiste en la *ausencia radical* del sujeto personal en sus manifestaciones externas.

Esta falta de presencia del *centro personal* en sus expresiones prácticas, confiere a la acción su invariable apariencia despersonalizada. Dicha *despersonalización* no es sino el resultado natural de esta sustracción u ocultamiento del yo respecto de sí mismo y del mundo.

El carácter específico de la *acción mínima*, peculiar a esta forma de nihilismo, quizás se manifieste con mayor claridad si la comparamos con la figura del *rebelde*. Una primera contraposición resulta obvia: el rebelde, a diferencia del aburrido, es un ser activo. Más aún, el término "rebelde" -del Latín *bellum*, guerra- no sólo posee una connotación activa, sino además decididamente agresiva, polémica, bélica. Hablar de "rebelión" es hablar de levantamiento, alzamiento, insurrección. Por ello, ciertamente, la manifestación nihilística del rebelde, su impulso agresivo y bélico, se configura primariamente bajo la forma de una *negación activa*. Sin embargo, dicha negación instaura, desde el principio, un límite más allá del cual un derecho aparece conculcado. Cuando el esclavo dice "no" al amo, tal rebelión no sólo implica una negación, sino también una tácita afirmación de un valor desde el cual el límite y el rechazo adquieren sentido. En la figura de Iván Karamásov de Dostoevsky, por ejemplo, aparece perfectamente ilustrado este horizonte valórico de la rebelión metafísica. Iván se rebela, su acción es sublevación, pero ello lejos de hacerse en nombre del sin-sentido, enarbola, por el contrario, la bandera del valor de la justicia. La figura del rebelde de Dostoevsky protesta contra Dios en nombre de una humanidad inocente e injustamente condenada.

La rebelión, por consiguiente, aún cuando no fuera sino bajo la forma de la protesta y la réplica, comporta siempre la aprehensión del mundo desde el horizonte diferencial de una jerarquía de valores. La insurrección titánica o prometeica, la contradicción trágica, el sentimiento de absurdo, la angustia o la náusea existencial, sólo son posibles en un mundo valóricamente fundado. Pero hay más: el sentido trágico de la existencia es posible no sólo en un mundo axiológicamente ordenado, sino además en un mundo de *valores en movimiento*, en mutua concurrencia y contradicción. El caso de Iván Karamásov es revelador: Iván, finalmente, es un ser desgarrado, disuelto entre un sí y un no, apresado entre una creación injusta y su inevitable adhesión a la vida. Es, precisamente, este desgarramiento vital, esta oposición y pugna entre valores, la que está completamente ausente en la figura del aburrido. El aburrido, a diferencia del rebelde, carece de todo "Pathos" trágico. Su mundo no es ya un mundo de fuerzas en despliegue y de valores en pugna, sino un *mundo indiferenciado e inmóvil* donde todo parece, eternamente, "dar lo mismo". Frente al gesto altanero del rebelde, frente a la soberbia airada del insurrecto o la protesta procaz del blasfemo, comparece ahora la *estrategia del gesto mínimo*, la suprema indiferencia y pasividad del tedio. Si, pues, en la figura del rebelde era posible lo trágico, en el aburrido, en cambio, sólo es posible lo *meramente triste*.

Sin embargo, esta *estrategia del gesto mínimo* no constituye, propiamente, ni

una ausencia, ni una abstención absoluta de acción, sino una *reducción* de la misma a sus manifestaciones, por así decirlo, más insignificantes y exiguas. Finalmente el aburrido, aún cuando no fuera sino porque simplemente vive, debe insoslayablemente autodeterminarse y obrar. Pero la obra del aburrido, su inevitable resolución conductual, constituirá siempre una línea borrosa e indecisa. La expresividad del aburrido buscará verificarse por aquellas vías en que la acción permanezca siempre distante, desasida del yo y sus centros de implicación personal. De allí su inclinación por una disposición que intenta, justamente, liberarse -permanecer "más allá..."- de toda implicación y compromiso: el cinismo.

La expresión "cinismo" -y obviando su originaria vinculación a la "escuela cínica"- la empleamos actualmente como sinónima de descaro, impudicia, desvergüenza, desfachatez. Según tales sentidos, la actitud cínica comporta, particularmente, una suerte de desprecio por las normas, costumbres o formas culturales en que se concreta nuestra convivencia social. Sin embargo, es obvio que la *depreciación cínica*, en su articulación con el fenómeno del aburrimiento, es simplemente el síntoma de algo más profundo: representa el *lugar distante*, desasido, en que el aburrimiento se resuelve en acción. Recurramos a un ejemplo. Supongamos que dos personas están enfrascadas en una calurosa y decisiva discusión. De pronto una de ellas le señala a su interlocutor que su argumentación es contradictoria. Ante tal acusación el afectado, sin embargo, simplemente pregunta: ¿y por qué no habría de ser contradictoria?. Naturalmente la respuesta obvia y esperada debería haber sido negar, lisa y llanamente, que la argumentación fuese contradictoria. Sin embargo, el cínico elige otra vía: simplemente huye, se escapa, se pone "más allá" de los supuestos y condiciones que entranan la propia discusión. Negar la contradicción hubiese significado, de algún modo, permanecer todavía atado a las normas y estructuras inmanente del discurso. La vía elegida, sin embargo, constituye la estrategia mediante la cual el cínico "se escapa", extiende la distancia y ratifica con ello su esencial desasimiento y falta de compromiso. La apariencia desvergonzada, el descaro, la desfachatez, el desprecio por toda norma y costumbre, constituyen, pues, la estrategia mediante la cual el aburrido renuncia al "más acá", a la intimidad y a la apropiación de la acción. El aspecto huidizo del cínico, su constante fuga a un "más allá", su permanente transgresión de todo límite y margen, constituye así el *lugar distante* desde el cual el aburrido se revela bajo la forma de una *acción mínima*. El cinismo, por consiguiente, como prolongación del aburrimiento, no es sino la manifestación de una radical indiferencia y consunción de la acción.

Pero volvamos a nuestro itinerario inicial. Hemos señalado que todo nihilismo, no es sino una forma de *negación del ser* o de alguna de sus modalidades. La pregunta a la cual retornamos es, pues, la siguiente: ¿qué negación del ser -o de alguna de sus modalidades- trasunta el fenómeno del aburrimiento?. La respuesta, a estas alturas, se desprende fácilmente: el aburrimiento *niega* la diversidad y plurivalencia

del ser. En el límite, el aburrimiento no expresa sino una fundamental *indiferencia entre el ser y el no ser*. Este carácter negativo, sin embargo, no nos debe inducir a identificar, sin más, el nihilismo con conceptos tales como decadencia, declinación, ocaso, descenso, degradación, etc. Obviamente tales connotaciones negativas no están ausentes. Ante ello, no obstante, simplemente recordemos: el *aburrimiento nihilista* no es un mero sentimiento o emoción, sino un temple de ánimo radical. "El aburrimiento profundo -dice Heidegger en *¿Qué es Metafísica?*- va rodando por las simas de la existencia como una silenciosa niebla y nivela a todas las cosas, a los hombres, y a uno mismo en una extraña indiferencia. Este aburrimiento nos revela el ente en total". El *temple metafísico* del aburrimiento profundo, estriba, por consiguiente, en su inevitable vinculación a una totalidad: a la *totalidad de lo que hay*. En tal sentido el nihilismo no es sólo decadencia y ocaso, sino también tránsito, paso, albor de una nueva disposición metafísica.

La filosofía contemporánea, sin embargo, -y en ella el propio Heidegger- ha privilegiado, como *temple metafísico* fundamental, a la angustia. La angustia, no obstante, tal es nuestra opinión, dista mucho de poseer la connotación radical del aburrimiento. Inevitablemente la angustia -aún considerando su indeterminación y referencia a una totalidad- mantiene cierta vinculación con el temor. Sentir temor, evidentemente, no es lo mismo que angustiarse. El temor es siempre "temor de..."; temor de alguna cosa, persona o acontecimiento. Tal referencia a un *algo* determinado, plenamente identificable y precisable, no se da, obviamente, en la angustia. En la angustia siempre comparece una *totalidad*: es el propio *mundo* el "ante qué" -el objetivo- de toda angustia. Sin embargo, aún en su generalizada indeterminación y borrosa difusión, la angustia mantiene siempre una referencia a *lo amenazante*, a algo que pone en peligro o arriesga la propia existencia. Tal referencia a algo amenazante, tal presencia indeterminada y difusa de un mal, está completamente ausente del fenómeno del aburrimiento. El "Pathos" del aburrimiento, por ende, es esencialmente más vacío y anonadante que la angustia.

Este carácter amenazante se refleja incluso en el propio origen de la expresión. El vocablo "angustia", en efecto, proviene del latín *ango*, estrechar, estrangular, oprimir. De allí la significación de apuro, agobio, situación crítica, tormento, pesadumbre. La connotación manifiestamente "física" del fenómeno se muestra, particularmente, en la expresión latina *angina*, dolor u opresión de pecho. Más aún, es muy probable que el sentido psicológico de la expresión tenga su origen, precisamente, en dicho transtorno físico. Con todo, importa destacar lo siguiente: frente a la vehemencia y tensión física de la angustia, el aburrimiento, por el contrario, se manifiesta como distensión, relajo, aflojamiento. La presencia de esta *distensión física* -aflojamiento muscular, pereza y lentitud en los movimientos, entre otras manifestaciones- constituye también un signo irredargüible de la *vaciedad psicológica* del aburrimiento.

Pero profundicemos lo mismo desde otra perspectiva. Toda emoción, sentimiento o temple de ánimo, puede ser definido en relación al placer o el dolor. Fácilmente se comprende que la angustia constituye un *estado de ánimo doloroso*. Y ello en la misma medida en que se manifiesta en él una amenaza o un peligro -un "mal"- para la propia existencia. El aburrimiento, en cambio, no puede ser adscrito fácilmente a los extremos definitorios del placer o el dolor. El aburrimiento no es, ciertamente, un estado de ánimo placentero. Pero tampoco se puede afirmar, sin mayor precisión, que sea un estado de ánimo doloroso. Aquí el dolor, si cabe hablar de él, se manifiesta menguado, minimizado, adormecido, carente de toda fuerza imperante y resolutoria. El aburrimiento representa, por así decirlo, el *umbral mínimo* en relación al placer y el dolor. El "Pathos" del aburrimiento es, pues, en cierto sentido, una *sensación neutra*, máximamente nula y vacía.

Esta naturaleza relativamente "neutral" del aburrimiento puede, además, verificarse en lo siguiente: la influencia del placer y el dolor en la actividad. Sin duda, como bien lo señala Aristóteles, el placer y el dolor no constituyen intrínsecamente a la actividad, sino sólo a modo de determinación adjetiva y concomitante de la misma. Sin embargo, dicha "concomitancia" no es indiferente. Por el contrario, el placer profundiza la actividad, la intensifica, induce a su prolongación y persistencia temporal. El dolor, en cambio, propende a su desistimiento, a la ruptura y, en el límite, al apartamiento violento o a la huida. Fácilmente se desprenden las implicancias de lo señalado: el "Pathos" del aburrimiento, al carecer de una clara sujeción y definición respecto de los extremos del placer y el dolor, carece también de todo poder efectivamente resolutorio respecto del propio "sentido" de la acción. Aquí el perfil de la acción no es, en los confines, ni inclinación efusiva (amor) ni apartamiento vehemente (odio), sino un contorno difuso, una dilatación brumosa e indistinta. Respecto de la acción, cabe decir aquí, a modo de trasunto práctico, lo mismo que Nietzsche señaló del ser: *último humo de la realidad evaporada*.

Lo anterior nos induce a concluir lo siguiente: el aburrimiento constituye un *temple de ánimo límite* en relación al nihilismo. O, para decirlo de otro modo, el aburrimiento representa una de las modulaciones extremas del nihilismo. Sin embargo, y precisamente por tal razón, constituye también un *temple metafísico eminente*. Por ello, sólo cabe esperar que desde él, desde el ocaso y la penuria del aburrimiento, brille, finalmente, una nueva aurora del ser.